

De metáforas y metonimias: Antonio Cornejo Polar en la encrucijada del latinoamericanismo internacional

Mabel Moraña

University of Pittsburgh

Las numerosas revisiones que ha estado recibiendo la obra de Antonio Cornejo Polar en los últimos tiempos han puesto en evidencia, de múltiples maneras, la inserción que ésta tiene en los debates que agitan actualmente el campo del latinoamericanismo y de los estudios culturales producidos en y sobre América Latina. Sin embargo, y a pesar de las diversas perspectivas que se han utilizado para explorar los distintos aspectos de su crítica, el estudio de la obra de Cornejo Polar tiene aún un carácter fragmentario y selectivo, que retiene las marcas acotadas de la trayectoria intelectual premeditadamente regionalizada y predominantemente textualista del crítico peruano, la cual respondió, en casi todas sus instancias, a los requerimientos de debates concretos, necesidades académicas, y coyunturas ideológicas precisas.

Considerada generalmente como uno de los más altos exponentes de los alcances –aunque también, quizás, según algunos, de las limitaciones– de la *intelligentsia* criolla, la obra de Cornejo ha sido interpretada como producto propio de la *ciudad letrada*, y contrapuesta, cuando no asimilada –erróneamente, en general– al pensamiento de Ángel Rama, particularmente a las reflexiones del crítico uruguayo sobre transculturación, discurso diaspórico y procesos de institucionalización cultural.¹ En todo caso, para bien y para mal, la obra de Cornejo Polar se presenta como una de las más representativas de lo que ha sido caracterizado como el “latinoamericanismo vernáculo” o “neorregionalista”, el cual se encuentra hoy, nuevamente, como en otros momentos de su historia, bajo escrutinio, en diversos contextos académicos.

Es bien sabido que la contribución historiográfica de Cornejo Polar fue, desde la década de los años 70, fundamental y particularmente productiva en el cuestionamiento y flexibilización de los modelos y principios canónicos que institucionalizaron en América Latina el gusto y la ideología dominante desde los orígenes de la vida independiente. Al mismo tiempo, en el terreno crítico sus aportes definieron una nueva manera de concebir y analizar las sociedades y culturas latinoamericanas, de cara justamente al corpus que aquella institucionalización excluía o desplazaba del repertorio oficial de las literaturas nacionales. Aunque sea cierto, entonces, que la obra del crítico peruano confirma la centralidad letrado-escrituraria en tanto espacio privilegiado de construcción simbólica y reproducción ideológica, es indudable que, en el revés mismo de la operación canonizadora, su obra crítica descubre y descubre los juegos de

poder y las negociaciones que hacen posible esa centralidad y la complicidad de esas operaciones con los proyectos de constitución y consolidación de culturas nacionales, tal como éstos fueron concebidos por el pensamiento ilustrado.

Sin embargo, y a pesar de la importancia fundamental de la contribución crítica e historiográfica de la obra de Cornejo Polar, creo que sería erróneo no ver en ella, además, una *dimensión teórica*, que se construye evolutivamente en sus textos durante más de veinticinco años, y que brinda las bases para un debate acerca de los modelos epistemológicos y representacionales a partir de los cuales se efectúa la crítica de la cultura y la literatura latinoamericanas.²

En otra parte he avanzado algunas ideas acerca de la elaboración que recibe en la obra de Cornejo Polar, principalmente a partir de *Escribir en el aire*, la noción de sujeto como instancia que, partiendo y superando el concepto de heterogeneidad, registra y analiza otras instancias del proceso representacional y de la construcción de subjetividades colectivas, tal como éstas se inscriben en el campo cultural latinoamericano.³ En estas páginas quiero referirme a otros aspectos teóricos relacionados con esa elaboración de la noción de sujeto como categoría relacional en la que se anudan y despliegan las contradicciones del sistema social, como desafío a toda noción fija, homogeneizante y verticalista de los procesos culturales y las (id)entidades nacionales latinoamericanas. Quiero desembocar, sobre todo, en el último texto de este autor, que tuviera una polarizada recepción entre los críticos que interpretaron hasta ahora este documento predictivo y de alguna manera testamentario del crítico peruano, producido en las últimas etapas de su vida y leído en ausencia en el congreso de LASA (1997), en Guadalajara.⁴

Me consta que Cornejo fue plenamente consciente, al producir este artículo titulado "Mestizaje e hibridez: el riesgo de las metáforas" de que éste se inscribía polémica y provocadoramente en el centro de los debates actuales sobre el latinoamericanismo, en el cruce mismo de la reflexión acerca de la vigencia de los "estudios de área" y el avance de los estudios culturales como nueva estrategia analítica y transdisciplinaria dentro y fuera de América Latina.⁵ En este sentido, creo que las encontradas opiniones que suscitara hasta ahora demuestran que éste ha cumplido con su propósito, sin que su propuesta se agote, sin embargo, por el carácter doblemente coyuntural de su producción ni por las acotadas posiciones a las que ha interpelado.

En sus escasas cuatro páginas, el texto de Cornejo se organiza en torno a dos núcleos fundamentales, estrechamente vinculados. El primero constituye, con toda su brevedad, un emplazamiento firme de categorizaciones teóricas (mestizaje, hibridez, transculturación) y de estrategias críticas (ej. la utilización de conceptos antropológicos para el caso de la cultura andina) que supuestamente explicarían al crítico exterior a las culturas estudiadas, por asimilación o por continuidad con los textos analizados, el espesor significativo de éstos, su dimensión estética y su configuración discursiva. Cornejo advierte que la relación entre epistemología crítica y producción estética, al ser, como indica, "inevitablemente metafórica", se apoya en un desplazamiento o traslación imperfecta, forzada, oblicua, de significados, operando muchas veces una

transferencia de sentidos de dudoso “rendimiento teórico” entre diversos dominios del saber. Aunque Cornejo reconoce el valor relativo de estos alcances, como aproximaciones parciales o provisionales a un campo de estudio, entiende que tales categorizaciones o estrategias críticas provienen en general de un espacio epistemológico “distinto y distante” del campo interpretado.

El segundo núcleo del texto de Cornejo, en estrecha vinculación con lo anterior, advierte contra la hegemonía creciente —o habría que decir, contra el nuevo empuje— del inglés como lengua del Saber, la Teoría, la Interpretación, en el ámbito del latinoamericanismo internacional.

Cornejo se refiere al uso del inglés como lengua de procesamiento teórico realizado con prescindencia de los aportes bibliográficos latinoamericanos y a la tarea de diseminación pedagógica realizada muchas veces en esa misma lengua y con arreglo a un canon teórico posmoderno que se sobreimpone, a veces con violencia, al corpus estudiado. Enfatiza, sobre todo, las implicancias que se desprenden de esas prácticas a partir de las cuales se prestigia y jerarquiza la cultura interpretante sobre la interpretada, subalternizando, por así decirlo, al objeto de estudio, y a los productores culturales (creadores, críticos, receptores inmediatos) del acervo cultural hispanoamericano. Cornejo advierte, finalmente, sobre el reemplazo imperfecto de los textos hispanoamericanos por traducciones muchas veces parciales o imperfectas, y sobre el proceso general de “falsa universalización de la literatura a partir del instrumento lingüístico con que se la trabaja”. Sugiere, en este sentido, que esta tendencia podría significar, en sus palabras, “el deshilachado y poco honroso final del hispanoamericanismo” (344).

En mi opinión, el texto de Cornejo debe ser visto, por el carácter rápido y puntual de sus reflexiones y por las condiciones mismas de su producción, como una *intervención* en el sentido lato, casi performativo, de la palabra. O sea no sólo como una toma de partido sino como una operación por medio de la cual se interpone un recurso, se actúa e intercede para examinar la validez —en este sentido, la legitimidad o los principios de autorización— de un procedimiento determinado.

Ni el reclamo de Cornejo es nuevo —¿cómo podría serlo?— en el debate latinoamericanista, ni se sustenta, como el autor subraya enfáticamente, en un fundamentalismo lingüístico que reivindique la *necesaria* continuidad entre la lengua de la literatura o la cultura analizadas y la de quienes las toman como objeto de estudio. El texto de Cornejo advierte en el uso de la lengua la delimitación de espacios de poder —de autoría, autoridad y autorización teórica— que no se configuran independientemente del lugar (metafórico) desde donde se habla, es decir de los constituyentes ideológicos y la cosmovisión que acompañan esa centralidad, de las agendas en las que se inscribe, se escribe, se adscribe, un discurso crítico-teórico. Cornejo advierte en el uso preponderante del inglés y en las estrategias de exclusión que la academia norteamericana utiliza para relegar el trabajo de críticos, editores, creadores latinoamericanos a los suburbios de sus elaboraciones teóricas, la utilización de un dispositivo que es indicio de un proceso más amplio de producción y circulación de

saberes y de bienes simbólicos en el contexto de la globalidad, en el cual se manifiestan claramente las presiones ejercidas por parte de académicos norteamericanos sobre el dominio del latinoamericanismo, con vistas a la solidificación de nuevas o al menos renovadas hegemonías ideológicas y profesionales. En otras palabras, llama la atención sobre el valor de uso de América Latina para la posmodernidad hegemónica, y sobre el uso del inglés como metáfora del capitalismo global.

El texto de Cornejo no distingue, por su misma premura, entre distintos proyectos teórico-ideológicos dentro del latinoamericanismo, digamos “no vernáculo” —se refiere, ampliamente, a los estudios culturales, a la crítica posmoderna, al subalternismo— preocupado como está, sobre todo por demarcar los alcances e implicancias *ideológicas* de una práctica académica y pedagógica, de un conjunto de estrategias profesionales, de un reacomodo, en definitiva, de los espacios de poder y legitimación discursiva que tiene en el uso de la lengua su expresión metafórica más significativa y sintomática.

Creo que aún asumiendo los riesgos de una violenta desconexión de estas cuatro páginas finales de Cornejo Polar del resto de su producción crítica, sería erróneo e injusto atribuir esta reivindicación del español a un apego identitario fundado fijamente en la noción de origen (¿cuál, el prehispánico del Inkario, el del descubrimiento, el de la independencia, el cultural y metafórico de la lengua o la religión?) o a nociones de territorialidad y tradición, o a cualquier otro tipo de arraigos marcados por un conservadurismo recalcitrante, esencialista, telurista, vernacular, pesadamente axiológico, cultivado de espaldas a las transformaciones del latinoamericanismo tanto como a los cambios producidos en las mismas sociedades a las que ese campo de estudios se dirige y desde donde ese latinoamericanismo se cultiva, en lenguas diversas. Peculiar, sobre todo, atribuírselo a quien redefiniera con su trabajo crítico-historiográfico la naturaleza misma de las culturas analizadas al colocar un énfasis definitivo en la consititución diferenciada y desigual de los componentes socioculturales de los que esas culturas emergen. Erróneo, sobre todo, atribuirle la fijeza y proyección de un “legado” sustraído de los cambios históricos y culturales a quien supo moverse de la noción más plana de heterogeneidad —que sirvió, sin embargo, a pesar de su carácter inicialmente descriptivo, para desarticular ese deseo burgués y liberal llamado culturas nacionales—, hacia una concepción relacional de sujeto definido como “complejo, disperso, múltiple”, hasta llegar a una final focalización en el discurso migrante, producto de la sucesiva o simultánea adscripción de individuos o grupos comunitarios en espacios culturales diversos, como resultado de los desplazamientos ciudad/campo o de la traslación interurbana.⁶ Creo que es erróneo también ver en el texto de Cornejo un alegato reducido a la cuestión de valor estético, cultural, incluso ético, sin advertir que la principal preocupación que lo anima es de carácter ideológico, social si se quiere, en la medida en que el latinoamericanismo se ha sustentado en América Latina, sobre todo a partir de la modernidad, en tanto reflexión acerca de los procesos de simbolización y representación de actores y procesos sociales que se van definiendo históricamente, en su lucha por la supervivencia política, económica, cultural, dentro de los contextos de la occidentalización y de la dependencia económica.

Creo que debe recordarse, en contra de estas interpretaciones, que la crítica de Cornejo Polar, centrada aunque no reducida a la noción de heterogeneidad, explora principalmente, desde sus comienzos, la naturaleza problemática de la mediación letrada y de las operaciones de apropiación cultural e ideológica que acompañan los procesos representacionales en América Latina. En este sentido, su obra se elabora sobre todo como una *teoría del conflicto* –social, cultural, ideológico– que hace énfasis en los antagonismos que distinguen la historia y la cultura latinoamericana más que en el simple registro –y mucho menos aún en la celebración– de la cualidad diferencial que organiza, agónicamente, los componentes de esa cultura y de la literatura producida dentro de los parámetros de la nación burguesa y liberal. En el texto final en el que alerta sobre la diglosia crítica y las nuevas estrategias de universalización cultural, esa *teoría del conflicto* se expande a nuevas zonas de contacto e hibridación cultural: la que resulta de la apropiación y procesamiento del material latinoamericano por parte de un sujeto *heterogéneo* (el latinoamericanista metropolitano) “distinto y distante”, epistemológicamente hablando, de la realidad interpretada.

El tema de la traducción y la preocupación con los desplazamientos y licencias metafóricas no es, entonces, una preocupación reciente en la obra de Cornejo Polar, sino uno de sus ejes principales. Como Francine Masiello anotara, la crítica de Cornejo se enfoca –sobre todo en *Escribir en el aire*– justamente en las tensiones lingüísticas que producen desde la colonia, en el proceso comunicativo, zonas de conflicto tanto como espacios de impensadas alianzas entre grupos diversos, entre oralidad y escritura, entre lenguas distintas. En este sentido, Cornejo reflexiona en distintos registros –a propósito de la literatura, en su atención a las hibridaciones interculturales, en su definición del sujeto migrante, y también en lo que se refiere a cuestiones de bilingüismo o “diglosia crítica”– en torno al tema de la *traducción* pero no, como indica bien Masiello, con un sentido meramente celebratorio, sino para enfatizar el problema de las ambigüedades, los fracasos y las experiencias de falso reconocimiento a que conduce la traslación de sentidos entre lenguas o culturas diversas. Las reflexiones del último texto de Cornejo, “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas” –el cual debió quizá ser titulado, previendo la tentación de sus intérpretes, “el riesgo de las metonimias”– se inscriben justamente dentro de este registro. Cornejo advierte que la traslación de categorías teóricas de un espacio epistemológico a otro, al igual que el predominio diglósico que afirma el prestigio del inglés sobre el español, mantienen a ambos dominios –los de esas dos lenguas, pero también los de la Teoría y la Interpretación por un lado, y el de la cultura interpretada por otro– sólo falsa o metafóricamente unidos por los puentes quebrados de categorizaciones sólo aproximativas, pero a veces también violenta o tendenciosamente desviadas del material interpretado.

La importancia central que tiene en la obra de Cornejo Polar la idea de totalidades o de simultaneidades contradictorias que coexisten tensamente dentro de un mismo curso histórico y con arreglo a una territorialidad convencionalmente asignada como el espacio orgánico de la nación-estado no supone, sin embargo, la mera recuperación

de un pluralismo étnico, lingüístico, ideológico, en las formaciones sociales latinoamericanas, ni la celebración de un multiculturalismo anodino y falsamente conciliatorio. Cornejo avanza, más bien, hacia la afirmación de una negatividad constitutiva, de una disgregación originaria, específica e históricamente determinada, que resiste todo intento de centralización reductiva o dilución teórica.

Muy lejos, en este sentido, de la visión de Rama, para quien “la cultura de la modernidad es una y la misma en todos los puntos de América Latina” (*Transculturación narrativa* 218) Cornejo articula su *teoría del conflicto* sobre la idea de una desigualdad constitutiva que resiste la armonía y la conciliación, tanto como la mera traslación de categorías teóricas o culturales fijas de un dominio epistemológico a otro, aunque los componentes culturales sean permeables y fluidos, en distintos grados y de acuerdo a sus propias condiciones de existencia social. Su denuncia de la ideología del mestizaje como propuesta planamente multiculturalista y conciliatoria de los antagonismos socioculturales latinoamericanos muestra que la crítica de Cornejo Polar no se detuvo en el mero registro de las tensiones interculturales a nivel continental, ni en la mera referencia funcionalista a los términos que rigieron el choque cultural y político que resultara en el desmantelamiento de las culturas prehispánicas a partir de la conquista. Más bien, su *teoría del conflicto* aborda los productos de la cultura criolla como resultantes de la condición neocolonial de América Latina, condición no cancelada por la independencia política y el surgimiento de naciones a nivel continental, ni por los procesos de modernización a partir de los cuales la cultura americana redefinió históricamente su participación en el contexto occidental. Condición no cancelada, tampoco, por la convivencia en la globalidad ni por los procesos de transnacionalización cultural, por muy determinante que pueda ser su impacto para América Latina y para los centros desde los que se orquesta y organiza la mundialización. Ni los procesos de criollización, cholificación o achoramiento propios del área cultural andina, ni la ideología del mestizaje alentada por las elites criollas ya desde la colonia, ni las estrategias integradoras del populismo de estado ni, más recientemente, las teorías poscoloniales distrajeran nunca, en la obra de Cornejo Polar, de los antagonismos inherentes al proceso de producción cultural y construcción identitaria en y para América Latina, antagonismos que la mediación letrada contribuyó históricamente a evidenciar –y a veces a encubrir– por medio de estrategias variadas de representación simbólica.

Cornejo pone el énfasis en una contradictoriedad que se resiste a la síntesis, o sea en una antidualéctica que partiendo de la violencia colonizadora, resiste la unificación nacionalista –y en el caso de su último texto, la unicidad lingüística– dejando en evidencia, en el interior de los distintos sistemas que constituyen la sociedad latinoamericana y sus representaciones simbólicas, las pulsiones de agresión y resistencia, totalización y fragmentación, homogeneización y heterogeneidad, hegemonía y subalternidad.

Partiendo de la problematización de la mediación letrada, la obra de Cornejo se aplica sobre todo a la elaboración de la *otredad*, como contrapartida de los esencialismos identitarios, de cuño romántico-idealista, y de los reclamos de un universalismo que

pretenda borrar la especificidad histórica, cultural y política de América Latina, especificidad que, no por las transformaciones que impone la globalización, parece en vías de desaparecer. En este sentido, su *teoría del conflicto* se concentra en las operaciones de apropiación discursiva e ideológica inherentes a toda forma de representación simbólica realizada dentro de los modelos dominantes en el imaginario criollo y también en los imaginarios que se construyen desde fuera sobre ese objeto de deseo llamado América Latina. Pero el énfasis de su crítica está puesto, principalmente, en la permeabilidad, tensiones y negociaciones que hacen posible esa representación de un *otro* al que define como esencialmente diverso, exterior, antagónico, con respecto al ser social y a la conciencia que organiza las representaciones del mundo y la cultura.

Si esta teoría se opone a los principios que promueven la idea de una unificación nacionalista o de un universalismo abstracto, resistiéndose a elaborar como mera *diferencia* los *antagonismos* de fondo, se opondrá también a toda forma de globalización que suponga, en el contexto del multiculturalismo neoliberal, el borramiento de problemáticas y de agendas locales, desconociendo los efectos de nuevas formas de hegemonía en las etapas que suceden a la irresuelta modernidad latinoamericana.

La denuncia final de Cornejo acerca del predominio del inglés sobre el español y acerca de la pujante propuesta de América Latina como constructo determinado por los procesos de redefinición profesional o disciplinaria en los centros de acumulación teórica a nivel internacional es una reflexión sobre el conflicto que es inherente a la constitución misma del campo, en la modernidad y en los estadios actuales de globalización. Ni el localismo puede ser ya un refugio contra los flujos y efectos de la transnacionalización cultural, ni la globalidad puede ser asumida como una panacea universalizante donde la *diferencia* sea, como advirtiera Jameson, la esencia identitaria de la posmodernidad, y el multiculturalismo el pluralismo conciliatorio de la nueva época. El texto de Cornejo no promulga lo primero ni se deja deslumbrar por lo segundo. Su reflexión sobre la diglosia crítica y, por esta vía, sobre el posible final del hispanoamericanismo no se escribe de espaldas a las nuevas articulaciones culturales. Habla, con menos radicalismo del que le han atribuido sus intérpretes, de un predominio, de un peligro, de un exceso, de una distribución desigual de saberes, de una parcializada red de producción y circulación de bienes simbólicos.

Creo que percibe detrás de la tendencia de universalización cultural lo que Román de la Campa ha aludido como el desasosiego político de un sector intelectual que promueve una lectura del devenir histórico latinoamericano a partir de levitaciones epistemológicas por medio de las cuales los centros de la globalidad puedan llegar a imaginar sociedades distintas desde la lejanía.⁷

Seguramente Cornejo tenía presente al escribir su texto, junto a la red de teorías posmodernas y poscoloniales, los antagonismos intrínsecos, no superables a través del discurso, que son propios de las sociedades latinoamericanas, enquistadas en una premodernidad que más allá de las hibridaciones, existe aún sustraída, en muchos casos, a las leyes del mercado cultural, o a las elucubraciones proyectadas desde los grandes supermercados teóricos de un norte que sigue siendo norte en medio de la

globalidad, y que no por desmontar o relegar las agendas locales decidirá su desaparición.

Toda teoría “central” (internacional o localmente hablando) –letrada, urbana, escrituraria– necesita su “indio”, su subalterno, para definir en su revés el lugar del que habla, situación sin duda tributaria, como muchos críticos han reconocido, de la condición neocolonial de América Latina, que ha dejado la idea de que el “subcontinente” sólo puede ser asediado de manera unidireccional, sin llegar a adquirir reciprocidad discursiva ni llegar a obtener pleno derecho en el proceso de su autorepresentación.⁸ Siendo así, tiene razón Cornejo al pensar que más allá de los efectos de la globalización y de los beneficios de la transculturación, cada lado del debate y del proceso interpretativo seguirá manteniendo su ritmo disciplinario y defendiendo intransigentemente sus cánones.⁹ Quizá, en este sentido, como advierte Cornejo Polar, no sea la pregunta de Spivak la que cuenta –si el subalterno puede, en efecto, hablar– sino si el *otro*, desde sus lugares de privilegio lingüístico, interpretativo, representacional, puede, realmente, aprender a escuchar.

Notas

¹ La aproximación de las categorías de heterogeneidad, hibridez y transculturación ha sido objeto de múltiples estudios, que intentan explicar similitudes y deferencias entre esos conceptos, así como las ventajas o especificidades de su uso en distintos contextos. Al respecto ver, por ejemplo, Schmidt, García-Bedoya, Lienhard.

² Debe decirse que tal dimensión teórica no respondió, en la obra de Cornejo Polar, a un propósito concreto sino que el crítico enfatizó más bien, en diversas oportunidades, la dimensión “meramente” crítica de su trabajo. Sin embargo, en casi todos sus textos críticos, pero más agudamente en *Escribir en el aire* su crítica “antiteórica” se presenta en diálogo evidente y con frecuencia explícito con teorizaciones pertenecientes no sólo al campo de la crítica literaria sino de la antropología, los estudios culturales y las ciencias sociales.

³ Me refiero aquí a mi nota sobre *Escribir en el aire* (“*Escribir en el aire*, ‘heterogeneidad’ ...”) en la que analizo la evolución del concepto de heterogeneidad en la obra de Cornejo Polar, y el viraje crítico que se advierte en su último libro, donde la crítica se sitúa más explícitamente en la noción de sujeto y en las prácticas discursivas que corresponden a distintas posiciones enunciativas.

⁴ Respondo aquí particularmente a la interpretación realizada por Julio Ramos acerca de este texto, incluida en la primera parte de su artículo, en este mismo libro. Sin embargo, el texto de Cornejo Polar ha sido comentado también por otros críticos en simposios y conferencias.

⁵ Este texto de Cornejo Polar, publicado por primera vez en *Revista Iberoamericana*, fue reproducido luego en otras publicaciones, por ej. en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* y en el libro de homenaje editado por Tomás Escajadillo. Cito aquí por la versión de *RI*.

⁶ Ver por ejemplo el artículo de Antonio Cornejo Polar “Una heterogeneidad no dialéctica”.

⁷ La referencia corresponde a la comunicación presentada por De la Campa en el congreso de LASA de Chicago, 1998. Sobre las posiciones de este crítico respecto a la inserción de estos

problemas en el campo de los estudios latinoamericanos ver por ej. el estudio citados en la bibliografía de este artículo.

* Edward Said ha señalado la misma situación al referirse al silenciamiento del colonizado, concebido, como indica Said con la frase de V.S. Nipau, como alguien "condenado sólo a usar el teléfono, nunca a inventarlo" (Citado por Said, 207, trad. mía). En el mismo artículo, Said analiza la problemática del observador, principalmente en antropología, dando ejemplos de la falta de teorización del analista acerca de sí mismo, de su propia posición y determinación enunciativa (212).

En relación con la nota anterior, que toca al problema de la elaboración de la posición enunciativa desde la que se emite el discurso crítico, vale la pena señalar que Cornejo Polar no desconoce, en este sentido, las contradicciones que el problema de la traducción interpretativa —via antropología, crítica literaria o estudios culturales— representa para su propia posición "heterogénea" de intelectual criollo situado en la exterioridad letrada, urbana, escrituraria, con respecto a las culturas indígenas estudiadas por él. Dice, al respecto, en *Escribir en el aire*: "...no voy a caer en el elegante sofisma de Spivak para quien el subalterno como tal no puede hablar, primero porque es obvio que *si* habla, y elocuentemente, con los suyos y en su mundo, y segundo porque lo que en realidad sucede es que los no subalternos *no* tenemos oídos para escucharlo, salvo cuando trasladamos su palabra al espacio de nuestra consuetudinaria estrategia decodificadora. Tenemos que reconocer —al menos yo lo reconozco— que los críticos, como los gestores de testimonios o como los recopiladores-traductores de discursos otros, generalmente nativos, somos algo así como una incómoda parodia del Rey Midas: todo lo que tocamos se 'convierte' en literatura. Y sin embargo, por poco cómoda que sea, esta sospechosa alquimia resulta inevitable al menos para todos los que fuimos formados, y para que los que nosotros mismos seguimos formando, como hermenéutas de textos escritos. En última instancia, y es bueno tener conciencia de ello, la voz del subalterno nos invade en la vida cotidiana pero solamente la asumimos como parte de nuestras preocupaciones académicas cuando ha sido sometida por ciertos requerimientos: haber sido seleccionada y adecuada (y con frecuencia traducida) por colegas más o menos prestigiosos o haber quedado transpuesta y transformada (via otro colega) en 'testimonio'. En realidad, frente a esa inmensa masa de discursos subalternos que discurren dentro de su propio espacio, y ante los que estamos desarmados, los especialistas en literatura deberíamos comenzar a sentir la misma angustiosa desazón de los nuevos antropólogos y etnólogos y encontrar el lugar desde el cual y la relación con la que nuestra práctica académica no termine por hacer del discurso del subalterno poco más que la materia prima de un producto hecho a imagen y semejanza de nosotros mismos" (220-221). Aunque Cornejo no se refiere aquí expresamente al tema de la lengua, su consideración acerca de la "exterioridad" del crítico respecto a las culturas estudiadas queda en evidencia. Agradezco a Armando Muyolema, estudiante de la Universidad de Pittsburgh, haber puntualizado la "heterogeneidad" de la obra de Cornejo Polar respecto a las culturas indígenas, particularmente en lo que toca al privilegio del español con respecto a las lenguas quechua y aymara, por ejemplo. Esta consideración obliga no a minimizar el argumento de Cornejo respecto a la relación español/inglés, pero sí a ponerlo en la perspectiva que le corresponde. Vale la pena señalar, en este sentido, que Cornejo se refiere en su artículo principalmente al uso académico del castellano en

el contexto disciplinario y académico del latinoamericanismo, y a los juegos de poder que se dan en ese campo particularmente en los Estados Unidos. La relación entre la puntualización de Muyolema y este parámetro preciso al que se refiere el reclamo de Cornejo Polar en su último artículo merecería, sin duda, más elaboración.

BIBLIOGRAFÍA

- Cornejo Polar, Antonio. *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad cultural en las literaturas andinas*. Lima: Ed. Horizonte, 1994.
- _____. "Mestizaje e hibridez: el riesgo de las metáforas". *Revista Iberoamericana* LXIII/180 (julio-setiembre 1997): 341-344.
- _____. "Una heterogeneidad no dialéctica: sujeto y discurso migrantes en el Perú moderno". *Revista Iberoamericana* LXII/176-177 (julio-diciembre 1996): 837-844.
- De la Campa, Román. "Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos: discurso poscolonial, diásporas intelectuales y enunciación fronteriza". *Crítica cultural y teoría literaria latinoamericanas*. *Revista Iberoamericana* LXII/176/177 (julio-diciembre 1996): 697-717.
- Escajadillo, Tomás G. *Perfil y entraña de Antonio Cornejo Polar*. Tomás G. Escajadillo, ed. Lima: Amaru Editores, 1998. 79-87.
- García-Bedoya, Carlos. "Transculturación, heterogeneidad, hibridez: algunas reflexiones". *Perfil y entraña de Antonio Cornejo Polar*. Tomás G. Escajadillo, ed. Lima: Amaru Editores, 1998. 79-87.
- Lienhard, Martín. "De mestizajes, heterogeneidades, hibridismos y otras quimeras". *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*. José Antonio Mazzotti y U. Juan Zevallos Aguilar, coords. Ann Arbor, MI: Asociación Internacional de Peruanistas, 1996. 37-45.
- Masiello, Francine. "Searching the Relationship Between Ideology and Expression". *Antonio Cornejo Polar*. Berkeley: University of California Brochure, 1998. 33-34.
- Moraña, Mabel. "Antonio Cornejo Polar y los debates actuales del latinoamericanismo: noción de sujeto, hibridez, representación" (en prensa).
- _____. "Escribir en el aire, 'heterogeneidad' y estudios culturales". *Revista Iberoamericana* LXI/170-171 (1995): 279-286.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1984.
- _____. *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI, 1982.
- Said, Edward. "Representing the Colonized: Anthropology's Interlocutors". *Critical Inquiry* 15/2 (Winter 1989): 205-225.
- Schmidt, Friedhelm. "Literaturas heterogéneas o literatura de la transculturación?". *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*. José Antonio Mazzotti y U. Juan Zevallos Aguilar, coords. Ann Arbor, MI: Asociación Internacional de Peruanistas, 1996. 37-45.